

FESTIVALES

de verano

*Nueva York
San Sebastián
Bayona
Getxo
Vitória
Lisboa*

JVC - 1991: El mejor de su historia

Don Hillegas

En celebración de su 20º aniversario, el Festival de este año estuvo marcado por la dedicación a músicos menores de cuarenta años, la mayoría de los cuales tienen marcada su línea musical en la tradición del *bebop*. Hubo también un tributo para dos grandes leyendas desaparecidas el año pasado, Dexter Gordon y Sarah Vaughan, y un clamoroso homenaje para el anciano trompetista Doc Cheatham (86 años) quien parece estar más vivo y pleno de swing cada día. Tras una ausencia de 10 años en este Festival, Omette Coleman ofreció un concierto magnífico que sirvió de cierre para el mejor JVC NY JAZZ Festival que guardamos en la memoria.

Con 32 conciertos en nueva días fue imposible ver y contarlo todo, por tanto lo que sigue es un extracto de lo que fui capaz de cubrir. ¡Era un duro trabajo, pero alguien tenía que hacerlo!

Ralph Sutton: Una hora de piano solo (Weill Recital Hall, 21 de junio). Con una introducción de dos minutos que constituyó una lección de la historia del piano y sus estilos en el primer tercio de este siglo, Sutton comenzó su concierto con una interpretación emocionada de "Honeysuckle Rose". Su mano izquierda como un metrónomo, construyendo, mientras con la derecha *torpedeaba* rasgos embellecedores que recreaban el tema clásico de Fats Waller. Para demostrar que no le asusta ningún estilo, Mr. Sutton se deslizó hasta una variedad de temas de Cole Porter: "I Get A Kick Out Of You", "It's Delightful", "Just One Of Those Things", y "What Is This Thing Called Love". Dejó clara su maestría interpretando a Porter, conociendo cada grieta y saboreando insinuación en cada letra y melodía, con un swing que hace accesible la complejidad de su arte.

Volvió a la línea *stride* interpretando "Dinah" en una manera atípica que aludía a Bud Powell y Art Tatum. Después fueron las baladas y una despedida sensacional con "Viper's Drag".

Miles Davis & B.B. King (Avery Fisher Hall, 21 de junio). Desde 1986 Miles ha grabado tres discos (*Tutu* - 1986; *Siesta* - 1987; *Amandla* - 1989) con arreglos de Marcus Miller, como un retorno electrónico a su grabaciones maestras de los últimos años 50 con Gil Evans. Usando sintetizadores y teclados eléctricos en lugar de toda una orquesta, Miles y Miller han creado una música con tan

rica textura como la de sus primeros trabajos pero con *rhythm & blues* contemporáneo, centrada en el *funk* en lugar de en lo europeo, en lo que estaban basados clásicamente los arreglos de Evans.

La música de esas grabaciones ha sido la base de las actuaciones de Miles durante los últimos cinco años, alcanzando su apoteosis con el noneto de 1988 (Joey DeFrancesco, Foley, Kenny Garrett, Rick Margitza, Adam Holzman, Marilyn Mazur, Benny Rietveld y Ricky Wellman). En 1990 Miles redujo el grupo a septeto.

Para este concierto Miles ha ido más allá utilizando sólo sexteto (Kenny Garrett, Deron Johnson, Foley, Rich Patterson y Ricky Wellman) para afilar sobre al arenoso *funk* como núcleo de su música. Desafortunadamente esta dispersión no siempre funciona.

Comenzó con "Tutu", siguió con "Hannibal" donde Miles rindió mejor tributo sosteniendo largas notas y agudos recorridos en contrapunto. Como ya es habitual, siguieron "Human Nature" y "Time After Time". Miles terminó el concierto con un tema *funky*, basado en una composición de James Brown, en el que se dio una curiosa interacción de los teclados con su trompeta y el saxo de Kenny.

Tras casi medio siglo de actuaciones Miles posee un amplio catálogo de estilos musicales. Está bien que no traiga consigo a todos los fantasmas hasta la sala de conciertos, como hacen los espectadores y como pide esa mayoría que casi siempre espera algo más. Correcto, pero a mí sí me gustaría algo nuevo!!

B.B. se anuncia a sí mismo con *The King of the Blues* y así quedó probado con el material que eligió para este concierto. Su supremacía como guitarrista de blues se hacía más evidente según avanzaba la noche, valga como ejemplo la devastadora pirotecnia de sus coros en "Summertime" que le sirvió de introducción a "I've Got A Good Mind To Give Up Living". Contó con el sólido soporte de Calpe Emphrey en la batería, James Bolden en la trompeta y el saxofonista Melvin Jackson.

Jazz Meets The Blues: Elvin Bishop con Arthur Blythe; Jimmy McGriff con Winar & Phillip Harper (The Ritz, 22 de junio). La idea de juntar grupos de blues en una *jam* con improvisadores de jazz es buena. Desgraciadamente el apareamiento no fue el ideal en este concierto, pero ninguno tuvo la culpa. Aquellos que asistieron al concierto de John Scofield o al de Chick Corea en el Parque

Sur, el pasado mes de noviembre con motivo del último Festival de Jazz de Madrid, saben de primera mano cuan inapropiada es una discoteca para un concierto de jazz. Y el Ritz, antiguo Studio 54, es exactamente eso, el lugar erróneo para la música.

The Elvin Bishop Band es una banda de café con pretensiones *bluseras*. Pueden ser divertidos para bailar en un pequeño bar rural pero no son una banda de blues. Su tercer número, "My Whiskey, Here Buddy" se debería haber titulado "My Whiskey Is Muddy" y eso es a lo que sonaban realmente. Arthur Blythe no se unió al grupo hasta el sexto número y eso inyectó mucha más vida a la música.

La actuación de Jimmy McGriff no empezó mucho mejor, con una versión lenta de "Feel Like Making Love" (sí, el tema de Roberta Flack) lo que te llevaba a preguntarte si oírías algo de blues en esa noche, y mucho menos algo de jazz. Pero cuando comenzó a sonar "The Thrill is Gone", con el fulminante sonido de McGriff al órgano y la guitarra de Leon Cook, el gran blues urbano se estableció en la sala.

Los Harper Brothers se unieron al grupo con "A Night In Tunisia" tema en el que Phillip Harper consiguió electrificantes sonidos con su trompeta, y le siguió un muy melódico "Candy" con el que rindió tributo a Clifford Brown. Es un valiente y confiado trompetista que intenta ser el Miles de "All Blues". Phillip Harper lo hizo y el solo de Jimmy McGriff en el tema fue maestro.

Tributo a Doc Cheatham (Town Hall, 24 de junio). Con 86 años de edad, Doc Cheatham ha hecho sonar su trompeta durante la mayor parte de la historia de esta música que llamamos jazz. Desde Ma Rainey y Bessie Smith, pasando por Chick Webb, Cab Calloway y Tedy Wilson hasta Pérez Prado, Machito, Beeny Goodman y Billie Holiday, Doc ha tocado junto a todos los grandes del jazz. Y todavía está en forma tal y como nos demostró en esta noche, una de las más importantes del JVC Festival.

La celebración comenzó con Jon Faddis, Wynton Marsalis y Byron Stripling, todos tomaron solos, contruidos con improvisaciones magistrales, bien apoyados por la sección rítmica conformada por Cyrus Chestnut en el piano y Howard Alden en guitarra. Con "West End Blues" dieron paso a Doc en el escenario que fue acogido con ensordecedores aplausos.

Su actuación estuvo compuesta por cinco temas en los que le acompañaron sus habituales de la banda del Sweet Basil (Bucky Calabrese, Chuck Folds y Jackie Williams), demostrando que puede sonar con precisión e intensidad lírica, bien cantando bien tocando su trompeta.

En una noche tan apretada y llena de relevos en la escena cabría resaltar el solo de Al Grey en "St. James Infirmary", el de Wynton Marsalis en "King Porter Stomp" y el dúo de Jon Faddis y Dizzy Gillespie en "I Can't Get Started". Parecía que finalizaba el concierto cuando todos se unieron a Doc en el escenario, pero no fue así ya que él, a solas con su banda, dio un tributo más como auténtico caballero del jazz e interpretó "I Guess I'll Get The Papers And Go Home".

Sammy Price: Una hora de piano solo (Weill Recital Hall, 25 de junio). "Confío en que se diviertan esta noche y vuelvan el próximo año a la misma hora", fueron las palabras de Sammy Price al entrar en el escenario y antes de comenzar lo que más que un concierto fue una agradable tertulia.

Entre tema y tema Mr. Price hacía chistes con el público, atendía a sus peticiones y contestaba a las preguntas. Cuando alguien le preguntó qué pensaba sobre los jóvenes músicos que usan teclados electrónicos respondió: "Creo que tienen derecho a tocar lo que quieran, pero cuando lo hacen yo me duermo".

Pese a sus 82 años, Sammy Price no había dormido siesta ese día; tocó y cantó con sentimiento y energía. Bromeó sobre su éxito en ese concierto por el hecho de tocar solo porque él siempre se había considerado a sí mismo como un *sideman*, pero el resultado de la interpretación de temas como "Stormy Weather", "Rosetta" o "Tea for Two", contradecía sus palabras. ¿A la misma hora el próximo año? ¿Qué te apuestas!

Marian McPartland y sus trece años de Piano Jazz (Avery Fisher Hall, 26 de junio). Con este concierto se quiso celebrar la permanencia en antena del programa de la pianista Marian McPartland en la National Public Radio. Ella misma inició la noche de solos y dúos con su estilo simple, claro, duro pero frágil al mismo tiempo. La siguió Roland Hanna para después unirse los dos en "I'll Remember April".

El siguiente solista fue Tommy Flanagan quien comenzó con su balada dedicada a un viejo club

de jazz de Detroit, "Beyond The Bluebird". Hanna se unió a Flanagan e interpretaron "Body and Soul"; intercambiaron fraseos, anticipándose uno a otro y formando variaciones maravillosas. Después Rene Rosnes hizo una versión nada monjiana de "Ruby My Dear", fresca y diferente, que sin duda le habría gustado a Monk.

Después apareció Mulgrew Miller que primero actuó solo y luego con Rene Rosnes. Luego Dave Brubeck, lo más flojo de la noche, aunque mejoró en su dúo con Ms. McPartland en "In Your Own Sweet Way". La mejor actuación individual de la noche fue la de Ray Bryant, especialmente en su versión de "St. Louis Blues". También él tocó con la homenajeada.

Para el final se prepararon cuatro grandes pianos de concierto sobre el escenario y ochenta dedos diestros (Ray Bryant, John Bunch, Dave Brubeck, Roland Hanna, Marian McPartland, Mulgrew Miller, Rene Rosnes y George Wein) pusieron final al concierto con un emocionado "Perdido".

Ornette Coleman and Prime Time (Carnegie Hall, 29 de junio). Los 55 minutos de este concierto, compuesto por quince temas, resultaron cortos pero plenos en riqueza y variedad tal y como uno espera de la música de Mr. Coleman.

El sonido de Prime Time se ha visto gratamente mejorado con esta nueva edición. Badal Roy en tablas ha reemplazado al segundo batería y por primera vez en 35 años, un teclista -Dave Bryant- se une al grupo. Ahora sólo hay un bajo eléctrico en lugar de dos.

Muestreo de sonidos e influencias de todo el planeta sobre una balada que incorporaba aspectos folclóricos de Provenza y de Marruecos, mientras la tabla marcaba ritmos del norte de la India. En otros momentos sonido Zurich vía Detroit, mientras Coleman enviaba notas que envolvían y flotaban, y engranaban, y sostenían. Otro momento álgido fue el alcanzado por la guitarra española de Chris Rosenberg, las notas en contrapunto de Coleman y el resto de la banda sonando como si fuese el eco de otro tema que uno guardase en la memoria.

Durante treinta años muchos críticos han acusado a Ornette Coleman de ser un destructor hamolódico de la música. Pero los tiempos cambian y también en la música. Por eso su música parece menos extraña y esta formación de Prime Time la más idónea en ese sentido.

San Sebastián

De la atracción cultural a la música como señuelo

J. L. Salinas

Un año más, las primeras brisas del otoño pondrán una sordina a las últimas trompetas del verano jazzístico. Para entonces, los habitantes, o los transeúntes, de los escenarios de media Europa habrán tenido la oportunidad de participar en alguno de los acontecimientos musicales que, con el jazz como atracción, promocionan con generosa reiteración la cultura y, por qué no, el nombre de las ciudades que los acogen.

Mientras tanto, a este lado de los Pirineos habremos tenido que conformarnos con unos minifestivales, cortos en número y concentrados en el tiempo, que incluso, en algún caso, parecen apuntalados, más que contruidos, con materiales musicales tan dispares que parecen de derribo.

Teníamos, es cierto, uno de los festivales de jazz europeos de mayor tradición y personalidad: el de San Sebastián. Los cambios han sido muchos desde sus comienzos, cuando Pierre Lafont, el bordelés que encontró en Donostia el escenario y el soporte económico necesarios para iniciarlo, conseguía cada año, con presupuestos mínimos, incorporar al mismo a los mejores músicos posibles. La entrañable Plaza de la Trinidad, donde tenían lugar las actuaciones, posibilitaba una ósmosis emocional permanente entre músicos, aficionados y la propia ciudad vieja. Sobre nuestro amigo Pedro recayó la responsabilidad de imprimir carácter al festival (¿alguien se lo agradeció alguna vez?). Cuando lo hubo conseguido, los arribistas de turno medraron hasta lograr separarlo del mismo.

Bayona

¡Cáspita!, Jazz en un festival de jazz

Federico González

Entre el 15 y el 21 de julio se celebró el 2º Festival de Jazz de Bayona. Esta localidad francesa está situada a pocos kilómetros de San Sebastián, pero su certamen se encuentra a años luz del concepto desmesurado y disperso que la organización donostiarra pretende fijar en el suyo, formado a imagen y semejanza de quienes creen factible exhibir una música tradicionalmente minoritaria en las mismas condiciones de un concierto de pop o de rock.

El festival de Bayona, joven y modesto aún pero valiente y plenamente consciente del lugar que quiere ocupar en el futuro, no duda en postergar, por fin, estilos advenedizos para que el jazz se convierta en dueño y señor de las calles de la localidad durante, al menos, una semana. Lejos del axfisiante ambiente de los polideportivos, ofrece dos confortables escenarios: el de una carpa montada sobre una relajante pradera y el de otro auxiliar de menor aforo a pleno aire libre; sonorizados con esmero, albergan conciertos solapados en 30 minutos para evitar tediosos entre actos y permitir, de paso, estirar las piernas en los escasos 200 metros que los separan.

La personalidad del festival se manifiesta sobre todo en la selección de artistas, efectuada según un atinado criterio que elude voluntariamente los grandes nombres en favor de otros menos llamativos que, a cambio, ofrecen mejor música sin disparar el presupuesto hasta límites escandalosos. Además de los conciertos gratuitos de los primeros días, el plato fuerte se concentró en las tres últimas jornadas en las que se pudo ver nada menos que a cuatro big bands practicantes

de eso que los recién llegados llaman jazz nostálgico con ingenua suficiencia, aunque en realidad se trate de un jazz clásico y, por tanto, tan vigente y contemporáneo como el que más.

Panama Francis y Gerard Badini interpretaron, al frente de sus Savoy Sultans y Super Swing Machine respectivamente, deliciosos repertorios para demostrar que no sólo de Salsa o Rock & Roll vive el bailarín. Frank Foster, con George Benson de fugaz figura estelar, dirigió espléndidamente una vez más la orquesta de Count Basie y el que fuera uno de sus trompetistas más carismáticos, Buck Clayton, levantó un auténtico monumento sonoro basado en una bellísima colección de temas compuestos y arreglados por él mismo y expuestos con brillantez por su Swing Band.

Admirable el trabajo de un hombre que, a punto de cumplir los 80 años y muy mermado físicamente, aún mantiene la mente lúcida para infundir vitalidad y espíritu a un espectáculo que está, sin duda, entre lo mejor que se puede ver hoy día.

Otras formaciones menos numerosas como el trío de N.H.Ø. Pedersen, la banda de la cantante Lavern Baker, los West Coast All Stars, Pierre Boussaguet and Friends y un emocionante encuentro sin ensayos previos entre los saxofonistas tenores Guy Lafitte, André Villegier, Ken Peplowski y Andrzej Olejnik, con la colaboración en algunas piezas del saxo alto Herb Geller, redondearon un soberbio programa, necesario para mantener la esperanza de los aficionados que quieren ver jazz en los festivales de jazz. Algo muy sencillo que se va convirtiendo poco a poco en una tarea casi imposible.

A partir de entonces, el Festival de Jazz de San Sebastián comenzó a perder sus señas de identidad. Se magnificó en base a cimentarlo sobre unos grandes nombres cuyas dimensiones, precisamente, les hacía poco accesibles al contacto directo con el público. Además, fue preciso trasladarlo –por problemas de aforo y climatología– al escenario deportivo de Anoeta, contribuyendo con ello a que se diluyera ese carácter festivo e integrador –lúdico, nos atreveríamos a subrayar– que eran sus mejores cualidades. Año a año, sus sonidos –su proyección exterior– fueron silenciándose por la brillantez de otros festivales europeos que surgieron, o se relanzaron, a lo largo de la última década. Hoy, 1991, a ese festival sólo parece quedarle de jazz el nombre, aparentemente extraviado en los palos de ciego del que no sabe muy bien qué camino tomar.

Y mientras estas cosas suceden por aquí, y por citar un ejemplo, Montreux, la ciudad que acoge al que se ha convertido en uno de los más prestigiosos festivales de jazz europeos, dedicó en su 25º aniversario una (gloriosa) noche al flamenco. Y, de paso, pudo degustarse paella. Nosotros, entre tanto, seguimos contentándonos con vender nuestro sol. Su rendimiento en kilowatios (en divisas) no es mucho, pero su energía parece inagotable, y casi no precisa mantenimiento (inversiones). Por lo demás, como dijo un exaltado Unamuno en frase arrebatada que parece más una declaración de guerra: ¡Que inventen ellos!

De Getxo a Vitoria

Mario Benso

Cuando las hojas del calendario dejan paso al mes de julio, nuestros espíritus ansiosos de jazz en directo y nuestros cuerpos inician un peregrinaje ritual hacia tierras del Norte, donde por unas semanas se materializa una sucesión de experiencias que, por desgracia, carece de la necesaria continuidad durante el resto del año. Son los Festivales de verano, esos grandes escaparates donde, con la inefabilidad del hábito establecido, nos encontramos los aficionados para celebrar conjuntamente una especie de gigantesca ceremonia totémica centrada en torno a nuestra música favorita. Esos festivales, tan discutidos y discutibles, no sirven con frecuencia a su supuesto fin de mostrar en toda su amplitud las tendencias del jazz actual, pero al menos cumplen una misión básica: acercar esta música tradicionalmente minoritaria a un público masivo, a menudo poco puesto y hasta despistado, pero casi siempre entusiasta. Su didáctica es similar a la de las grandes enciclopedias de consulta: en ellos hay un poco de casi todo pero, como siempre, lo interesante se halla en la obra callada, continuada y sutil que se escribe día a día, en el caso del jazz, en clubs u otros lugares que apuestan por la labor paciente y a largo plazo, frecuentemente sin apoyos y/o subvenciones.

El de Getxo es un festival ya maduro y plenamente consolidado, muy bien organizado, que apuesta con acierto por lo próximo: nuestros grupos (tan necesitados de un apoyo en los festivales que año tras año se les niega vergonzosamente) y los del resto de Europa. Actitud valiente y digna de elogio, como la de mantener la idea de un concurso de grupos que estimula el trabajo de los músicos de aquí y, de paso, les brinda un apoyo económico siempre bien recibido. De entre los foráneos, destacaría la excelente música de Jan Garbarek, creador de una clarividencia, firmeza e inteligencia de miras poco habitual, pese a que su trabajo tenga cada vez menos que ver con el jazz y más con la música europea, popular y culta. A él le trae sin cuidado: sus ideas son tan claras como la atmósfera de los fiordos noruegos que le sirven de inspiración. Por lo demás, aplauso a esa nueva generación de músicos ingleses que, como Jason Rabello y Gerard Presencer, contemplan desde casi la pubertad un futuro espléndido. Para los amantes de la tradición, la siempre exquisita y virtuosística música de Martial Solal, viejo guerrero del jazz. En suma, y con alguna corrección que a buen seguro haría al festival aún más interesante, un diez a la gente de Getxo. Su labor es más discreta y menos ostentosa, y tal vez por eso aparece menos en la prensa, pero eso no le resta un ápice de mérito.

El Festival de Vitoria ha entrado desde hace varias temporadas en una dinámica similar de plena consolidación, con un público sorprendentemente fiel y una planificación astuta que busca obviar riesgos no deseados, con todo lo que esto pueda tener de bueno y malo a la vez: más "figuras", pero una panorámica menos amplia y rigurosa del jazz actual. Este año se apostó por la joven generación de "neoboppers" surgida al hilo del fenómeno Marsalis, muchachos de impecable aspecto y férreo academicismo, todos ellos con excelentes dotes técnicas y respeto casi religioso a los héroes del jazz pretérito. De entre ellos, hubo dos que se acercaron más que nadie a los límites ansiados del talento creador original: Roy Hargrove, uno de los trompetistas con sonido más bello y potente que pueda escucharse hoy día, y Benny Green, pianista con mucho sentido y dotes extraordinarias. El resto -competentes y entusiastas- se halla aún un tanto envarado dentro de sus elegantes trajes o, más bien, de sus disfraces de Montgomery, Brown, Blakey, Bird o Miles. Más de uno, probablemente, romperá el cascarón algún día.

Los veteranos pusieron su grano de arena: inmenso como él mismo el de Oscar Peterson, un pianista tan increíble que es capaz de pasar de lo sublime al pastiche más hortera en escasos segundos, pero siempre virtuoso y regalándonos varios standards y blues intensos con el añadido de un Ray Brown simplemente magnífico. El dúo Shorter-Hancock demostró que el viejo Jazz-Fusion envejece mal, aunque menos cuando el material compositivo lo aporta un talento tan grande como el del maestro de Newark, a despecho de H.H. y su horripilante jamoncito serrano eléctrico. El jazz vocal alcanzó cotas de espectáculo con un Jon Hendricks vitalista y sabio y unos Manhattan Transfer soberbios dominadores de la escena, en el único concierto que llenó Mendizorroza. Dave Sanborn resultó simplemente patético, y los Neville Brothers pusieron la nota tonta del festival: ¿Qué pintaba ahí una formación tan banalizada con los años como poco atractiva?

En fin, a ritmo de la simpar y regocijante Dirty Dozen Brass Band casi hicimos nuestras maletas rumbo a casa. Pasó así un año más, un Festival más. No sé qué de extraño hay en ellos: su desaparición no supondría para mí un trauma excesivo, pero si el año que viene no volvieran, sentiría una rara sensación de vacío. Supongo que es que el hombre precisa de los ritos o, tal vez, que con el tiempo uno se va poniendo sentimental. Quién sabe.

Ibiza

Muestra de Jazz para Jóvenes Intérpretes

Los músicos evolucionan; los jurados, no

José M^a García Martínez

La frase la dijo Ebbe Traberger al saber el fallo del jurado. Explicación:

1. Los músicos, todos ellos, tocaron de primera: los seis grupos a concurso más Perico Sambeat, el ganador del año pasado, menos los locales de D-Nit, que no actuaron.

2. Los del jurado siguen premiando, justo, lo que en ningún caso se debe premiar. De los valencianos Saxomanía, que se llevaron el premio, como finalistas, nada que decir, pero cómo justificar el que se haya primado su creatividad cuando son la copia perfecta de Supersax. Tan parecidos son que su mismo líder se hizo un lapsus con los nombres en las presentaciones.

El premio debió de llevárselo Miralta-Quadrada Quintet, que demostró que se puede ser del Taller de Músicos de Barcelona, y no sonar como Zé Eduardo. ¡Estupendas versiones de Monk!, o el Vicens Martin Quintet, que con su jazz ecléctico y la agraciada pianista Elizabet Raspall, fueron acogidos con simpatía por el respetable; o el trío del pianista navarro Josetxo Goia Aribé, aunque se empeñe en tocar al estilo ECM. Su versión de "Silencio", de Charlie Haden, fue lo mejor del certamen. Lo bordaron. O el guitarrista madrileño Chema Saiz, que es el mejor del país, aunque sus grupos parecen hechos a salto de mata cuando pueden llevar meses tocando juntos.

Cualquiera de ellos se lo hubiera merecido. Hubo un sexto grupo Avant-Garde, de Vitoria, que tampoco lo mereció, y no porque tocaran "fusión", que ya va siendo delito, sino por la bisoñez de los músicos (lo que no tiene nada de raro: el que más tenía 19 años). Lógicamente, a ellos les dio la prensa local su premio correspondiente.

PD.: La organización, estupenda: ni la lluvia del último día pudo con ellos; el sonido -Berenice-, de chapó; la actuación final de los Blues Brothers, un delirio (¡qué noche!).

2ª PD.: Leo en la prensa local que los D-Nit no aparecieron por tener que tocar en una boda. Hay cosas importantes en esta vida.